

En cuatro palabras: la vida es así

Beatriz Monreal

Era el año 1987 cuando nos sobresaltó la muerte de Avelina, "Lina". Ocurría en la escuelita de enfrente, en "Pío Baroja" y era una mañana soleada de diciembre. Para nosotros no se trataba de una maestra cualquiera. Era la madre de "las Parra", de Paloma, amiga y compañera de claustro, de Mar, de Marta y de Blanca. Todas habían tenido que ver con el Instituto y todas ellas eran de Erretería.

Y recuerdo también a Gonzalo, un chico moreno y espigado que tenía una caligrafía cuidada, casi, casi de amanuense de otra época. Era muy pulcro y dejaba correr la tinta con generosidad sobre el papel deleitándose en los trazos. A veces, se recreaba tanto en la caligrafía que se demoraba en los trabajos, como si no tuviera ninguna prisa. Un día le pregunté ¿quién te ha enseñado a escribir así? Y sin apenas mirarme me respondió: ¡quien va a ser, Avelina! dando por sentado que no había que añadir otras explicaciones. Y yo, entonces, no caí en la cuenta de quién se trataba.

Avelina fue durante muchos años maestra en Erretería de donde era vecina. También lo fue de otros pueblos. En otros tiempos, en épocas difíciles, en las que una maestra, sin ayudas de ningún tipo, sin coordinadores ni psicólogos, sin diversificaciones, sin modelos y sin gaitas, salía adelante y sacaba a flote a los chiquillos de su entorno. Entonces una maestra no se desplazaba en coche. Comía donde le tocaba, a veces en un caserío, en la casa de algunos alumnos o en un bar de pueblo. Avelina lo mismo les preparaba para la primera comunión en la catequesis que se llevaba a casa a merendar o a repasar algo que había quedado pendiente con vistas al examen de ingreso. A más de uno le refrotaba la cara con agua y jabón como lo hubiera hecho a sus hijas, porque así los trató esa maestra entregada a su tarea de educadora. Un trabajo ímprobo, poco reconocido desde luego.

Y ahora que Erretería está creciendo tanto, que los Gonzalos y las Miren y los Josebas y las Edurnes, son personas hechas y derechas que tienen sus labores y responsabilidades en la vida y que –sin duda– no han olvidado a su maestra, me pregunto si no habrá en una pequeña plaza, un rinconcillo donde se pueda poner una fuentecita con una placa que recuerde a la MAESTRA AVELINA REBOLLAR y se plante una jacaranda para que todos los mayos regale a los que por allí paseen el delicado morado de sus flores. ■

